

I.

La corona, sobre todo en países republicanos donde estamos poco acostumbrados á verla, se considera en lo general, y casi exclusivamente, emblema de regia dignidad. No fué este, sin embargo, su origen ni es tampoco su única significación. Convienen casi todos los autores en afirmar que al principio era un ornamento sacerdotal. Algunos van aún más lejos, y aseguran que era la señal distintiva de los dioses paganos, y que sacerdotes y reyes sólo la adoptaron para parecerse más á la divinidad, cuyos representantes eran ó se creían.

Guirnalda de laurel ceñían los Emperadores romanos, y sólo después de su muerte, cuando la apoteosis los había colocado entre las deidades, se circundaban sus efígies con la corona formada de rayos. Nerón, que en su impía locura se hacía adorar como el dios Apolo, se apropió aun en vida esta corona, que siguieron usando sus sucesores. Constantino, convertido al cristianismo, la trocó por rica diadema ornada de piedras preciosas.

De algunos pasajes de Eusebio de Cesarea inferimos que hubo un tiempo en que los Obispos usaban coronas. El único que la ha conservado es el Pastor de los Pastores, el Obispo de Roma, el Supremo Jerarca, y os es á todos familiar la forma de la tiara Pontificia. La adornan tres ricas coronas que significan el sumo sacerdocio, la potestad imperial y la dignidad regia, *sacerdotium, imperium et regnum*, de que está revestido el Vicario de Jesucristo en la tierra.

La historia nos habla de la corona imperial de Jus-

tino, que fué el primero que sobre ella mandó esculpir la Cruz sagrada, y el primero también que quiso que el Sumo Pontífice San Juan la colocase solemnemente sobre sus sienes en Constantinopla. Se deleita el ánimo al considerar al cristiano rey de Francia Carlo Magno, venir á la Basílica Vaticana á recibir la imperial diadema de las manos de San León III, agradecido á los beneficios que el piadoso Príncipe hiciera á la Santa Iglesia Romana, abandonada ya por completo de los Emperadores de Oriente. Espléndida fué la doble coronación de Carlos V, como Rey y como Emperador. En la ciudad de Bolonia, convertida *ad hoc* en otra Roma, el Sumo Pontífice Clemente VII, poco antes su cautivo, puso primero la corona llamada de hierro, porque la adorna un clavo de los que sujetaron á la Cruz á Nuestro Salvador, y dos días después la corona imperial, en la frente del que antes fuera su vencedor, y que ahora al salir de la Basílica, tenía el estribo al Sumo Sacerdote, y llevaba por el diestro su cabalgadura.

Este siglo, testigo de tantas catástrofes, debía presentar una coronación por sus circunstancias única en la historia. Un joven soldado trueca de repente su yelmo en diadema, más brillante en esos momentos que otra alguna del mundo. Juzgan no pocos que su propia espada, más bien que la mano del Pontífice, deberá consagrar un imperio nacido de la revolución. No así el novel Emperador. Hace caminar desde Roma hasta París al anciano Pontífice Pío VII, y con pompa y solemnidad tanto más augusta, cuanto que por tantos años había estado Francia sin sacerdocio y sin altar, sin trono y sin orden, es ungido solemnemente en la Catedral de Nuestra Señora. ¿Pero qué haces, oh Napoleón? ¿Por qué en los momentos en que va á coronarte, arrebatas al Soberano Pontífice la diadema que se apresta á ce-

ñirte y la colocas tú mismo sobre tus sienes...? ¡Desdichado! No pasarán muchos años sin que esa corona caiga de tu frente hecha pedazos y convertida en ludibrio de los que ahora te aclaman.

En nuestros días hemos visto al protestante rey de Prusia, hoy Emperador de los Alemanes, tomar del altar con sus propias manos la corona y colocarla sobre sus propias sienes, para indicar (como expresamente proclamó) que de Dios directamente la recibía. Hemos visto también al católico Emperador de Austria ceñirse la antigua diadema del glorioso San Esteban de Hungría, con los ritos que prescribe la Iglesia y con las hermosas ceremonias consagradas por la tradición local. Hemos presenciado, por último, la imponente coronación del cismático Czar de todas las Rusias, en la ciudad para él santa de Moscow, y fresco aún el ensangrentado cadáver de su padre.

Gloriosas como son estas diademas, hubo otras todavía más codiciadas, aunque ninguna potestad conferían. Parece que aun aquellos que, por herencia ó conquista habían recibido la dignidad regia ó imperial, las estimaban tanto por lo menos como las que eran emblema de su poder y autoridad.

Vemos ciertamente en algunas efigies que nos han quedado de César Augusto, á más de la corona imperial, otra de hojas de encina y la lisonjera inscripción OB CIVES SERVATOS. Es la corona llamada *cívica*, y conferida como premio en la antigua Roma al soldado que salvaba la vida siquiera á un ciudadano. El Senado la concedió á aquel monarca en recompensa de la paz que dió al mundo en su largo reinado; paz ordenada admirablemente por la Providencia, para que se verificaran los grandes misterios predichos por los Profetas y anunciados por los Patriarcas.

También sobre tu frente veo lucir la *quercus cívica*, rey de los oradores, elocuentísimo Cicerón. ¿A quién no son familiares tus vigorosas invectivas contra el audaz conspirador Catilina? ¿Quién no se ha estremecido al escuchar tus vehementes apóstrofes al impudente foragido? No la espada, que eras tan poco diestro en manejar, sino esa lengua de oro que el grande Agustino habría dado tesoros por oír, salvó la vida á la amenazada Roma; y á tí también, como á los Emperadores Augusto y Claudio, fué concedida la ambicionada corona cívica, por haber preservado de inminente ruina á tus amenazados conciudadanos, *ob cives servatos*.

Terribles son las angustias de una ciudad sitiada. No hemos disfrutado aún tanto tiempo de paz que hayamos olvidado lo que se sufre en el recinto de los cercados muros. El fuego del enemigo y la muerte que arrojan sus incesantes proyectiles, son todavía suaves en comparación del tormento del hambre, y de la muerte sin gloria que ocasionan las enfermedades y la inedia. Y esto es soportable al lado de las torturas morales, de la horrorosa incertidumbre que en las largas noches de delirio y de insomnio aflige al soldado atacado por la fiebre, á la madre cuyo hijo está sobre los muros, á la esposa cuyo esposo está cubriendo con su cuerpo la abierta brecha. Sólo quien ha pasado tales angustias puede comprender el gozo inefable de la muchedumbre al ver que se rompe por fin el largo cerco, y el agradecimiento del soldado y del ciudadano al valiente y afortunado general que los libra de tan amarga prisión, y convierte al enemigo de sitiador en sitiado, de verdugo en víctima, de atormentador en vencido. Los antiguos romanos coronaban al valeroso caudillo que tal hazaña consumaba, con la corona llamada *obsidional* ó *gramínea obsidionalis*, tejida de silvestres flores, y juncos y gra-

ma, cortados del lugar en que se había acorralado á los fugitivos sitiadores.

Corona de oro figurando proas de navíos y adornada de emblemas marítimos, ceñía la frente del héroe que primero abordaba la nave enemiga. Corona parecida, pero más rica y refulgente, premiaba al almirante que destruía la flota contraria. Era la *corona navalis* ó *rostrata*.

Corona mural, cuyos florones figuraban torres y castillos, se confería al primer soldado que escalaba la muralla de una ciudad sitiada. Con la corona castrense, figurando trincheras en su círculo de oro, se recompensaba al que antes que sus connilitones penetraba en el campamento enemigo.

Corona triunfal adornó las sienas de Julio César, subiendo al Capitolio á la cabeza de nunca vista procesión, después de las muchas y brillantes victorias de sus gloriosas armas. Cuando Roma cristiana decretó un *triumfo* á Marco Antonio Colonna, vencedor en Lepanto juntamente con Don Juan de Austria, no se coronaron las sienas del católico adalid. Él en cambio ofreció á Cristo vencedor una columna, emblema de su propio nombre y de su casa, con una corona de metales preciosos, que semejaba á la corona naval ó *rostrata* de los antiguos.

Guardad en vuestra memoria, piadosos oyentes, cuanto os he dicho acerca de las antiguas coronas. No es simplemente vana erudición. Como veréis dentro de breves instantes, servirá en gran manera para que estiméis como es debido esa corona de piedras preciosas que la autoridad del Romano Pontífice por un lado, y vuestra piedad y agradecimiento por otro, han colocado hoy sobre las sienas de la Virgen de la Esperanza; *posuisti in capite eius coronam de lapide pretioso*.

II

Habéis visto que las coronas se conferían aun por inferiores á los personajes más ilustres y poderosos, y que se daban muchas veces en señal de reconocimiento y admiración. ¿Qué mucho que el pueblo, no contento con ponerlas en las sienas de generales y de reyes, de almirantes y emperadores, quisiera depositar estas prendas de veneración y de gratitud á los pies de la misma Divinidad? Ofuscadas las primitivas tradiciones en la mayor parte de los pueblos de la tierra, acostumbraron los gentiles ponerlas en las cabezas y en los altares de los que en su ceguera reputaban por dioses. Iluminadas las naciones por el cristianismo, desde los primeros siglos de la Iglesia se empezó á adornar con ricas coronas las imágenes de la Virgen y de Jesús, de los santos y santas á cuya intercesión y patrocinio debían las ciudades y los territorios algún favor especial. Largo sería trazaros la historia, no digo de todas las coronaciones, pero aun de las más insignes. Básteme entresacar de los anales eclesiásticos tres de las más notables y que más os puedan edificar.

Hay en Roma un lugar, que según Tito Livio se llamó los *prados flaminios*, en cuyo centro se elevó en otro tiempo un templo consagrado á Apolo, que hizo que todo aquel barrio se denominase Apolinar. El Sumo Pontífice Adriano I, queriendo con el santuario de un mártir de Cristo de idéntico nombre borrar la memoria de la falsa divinidad, construyó allí una Iglesia en honor del Obispo de Ravena, San Apolinar, que aun hoy día se eleva majestuosa y varias veces restaurada. Bajo su pórtico, en el siglo XV, hizo devoto Cardenal pintar

hermosa imagen de la Virgen Santísima que, con el niño en brazos y San Pedro y San Pablo á los lados, se ofrece todavía á la veneración de los fieles. Pero ¡ay! pocos años después que la trazara el hábil pintor, las indisciplinadas fuerzas del Rey Carlos Octavo de Francia, al pasar á la conquista de Nápoles, improvisaron en cuartel aquel sagrado pórtico. Para librar la santa imagen de las irreverencias de la soldadesca fué preciso cubrirla con cal, y así permaneció casi dos siglos, al grado que hasta la memoria perdióse de su existencia.

Era el 13 de Febrero de 1647; reinaba Inocencio X, y á lo que parece el pueblo del barrio de San Apolinar había degenerado de las piadosas costumbres de sus mayores. He aquí que de repente se oscurece el cielo y se desata una tempestad horrible de truenos y rayos, que empieza por destruir á uno de los más escandalosos de aquella región, y amenaza consumir á todos los habitantes. En tan grave conflicto acógense aquellos creyentes á la protección de la Virgen sacrosanta, y guarecidos bajo el pórtico de San Apolinar alzan las manos al cielo implorando la divina misericordia. Espontáneamente se desprende la cal que por dos centurias había cubierto la imagen; y al mostrar María Santísima su rostro risueño, disípanse también las nubes, y lanza el sol sus últimos rayos. Esta gracia no es más que el primer anillo de una larga cadena de favores espirituales y temporales; y seis años después la augusta Madre y el divino Niño, son ceñidas con áureas coronas.

Llegó el año de 1837. La terrible peste del Ganges había desolado gran parte del mundo, y una de las regiones predilectas para sus fúnebres paseos había sido y era la Italia. Donde no alcanzaba el poder humano llegaron los efectos de la clemencia divina. El Pontífice, y el clero, y el pueblo, acudieron á implorar el auxilio

de la Virgen sacrosanta, recordándole su milagro de las nieves, y venerando la sagrada imagen que impera soberana en la insigne Basílica de Santa María, no sin justicia llamada la Mayor. No dejó la misericordiosa Emperatriz de los cielos que sus fieles le rogaran en vano; y tales fueron y tan señalados sus favores, que el Sumo Pontífice Gregorio XVI determinó darle pública muestra de gratitud. Ya Clemente VIII había coronado la milagrosa efigie; ya otros sucesores del mismo en el solio de San Pedro habían sustituido la diadema con otras nuevas, y repetido las augustas ceremonias de la coronación. Las vicisitudes de aquellos siglos aciagos habían hecho que una tras otra fuesen robadas las coronas, y las que entonces ceñían la Virgen Madre y su Hijo divino, eran indignas no sólo de su celeste grandeza sino aun de la majestad del Templo en que se veneran y de la gloria de la Eterna Ciudad.

No así la que el Pontífice Gregorio quiso donar, el día precisamente en que fué coronada en los cielos por la Trinidad Beatísima, á la que se había mostrado de veras salud de los enfermos, consoladora de los afligidos y libertadora de su pueblo. ¡Qué trono se le erigió á la augusta imagen! ¡Qué cortejo imponente formaba el clero de la *Ciudad* por excelencia, presidido por el majestuoso Colegio de Cardenales, y llevando á su cabeza al Soberano Pontífice ceñido con la triple coronal. Momento solemne fué aquel en que el anciano Vicario de Jesucristo, subiendo con trémulo paso la adornada escalera, puso sobre el niño Dios y su purísima Madre las riquísimas coronas, emblema de su gratitud y de la de todo el pueblo romano. Con más razón que el Senado al entregar á Augusto la cívica corona de que antes os hablé, pudo haber dicho á la Santa Madre de Dios, *ob servatos cives*. Más sublimes todavía fueron sus pa-

labras. "Así como en la tierra te coronan nuestras manos, así las de tu Hijo divino, merced á Tí, con gloria y honor nos coronen un día en el reino de los cielos. *Sicuti per manus nostras coronaris in terris, ita et per Te a Jesu Christo Filio Tuo gloria et honore coronari mereamur in cælis.*"

A principios del siglo, otra imagen, no de la Capital del mundo, sino de apartado santuario en las orillas del Mediterráneo, había hecho también el Supremo Jerrarca bajar de su trono para ir á coronarla. No habéis olvidado de cierto las grandes desgracias del glorioso Pontífice Pío VII, su largo cautiverio, las persecuciones de que fué víctima bajo Napoleón. Largos meses pasó en la ciudad de Savona, y allí le suministró grandes consuelos la piadosísima Reina de los Mártires, que bajo el nombre de Madre de la Misericordia es venerada en un santuario á cinco leguas de la ciudad; y cuya imagen, bellamente esculpida en blanquísimo mármol, atrae las miradas del viajero y excita la devoción del peregrino.

Restituida la paz á la Iglesia y el trono á su Pontífice, quiso Pío VII, en reconocimiento de pasados favores, ir en persona á coronar la marmórea escultura. Esta vez no fué diadema de su pontificio tesoro la que sirvió para la solemne ceremonia, sino una enviada por el Cabildo de la Basílica Vaticana. Hubo en el siglo XVII un ilustre caballero, de la nobilísima familia Sforza, llamado Alejandro. En su feudo de Borgonuovo hizo grandes é insignes fundaciones piadosas, y se distinguió sobre todo, por su singular devoción á la madre de Dios, á muchas de cuyas imágenes donó coronas mientras vivió. Queriendo perpetuar esta piadosa costumbre, al hacer en Parma su testamento en 1636, dejó al Cabildo Vaticano nada menos que setenta y una fincas rústicas,

para que con sus productos se regalaran coronas á las más insignes imágenes de la Cristiandad. Muchas son ya las que aquel Cabildo, fidelísimo ejecutor de las voluntades del devoto Alejandro, ha coronado solemnemente en los siglos que han transcurrido. El solo enumerarlas sería demasiado largo en estos momentos, y es preciso hablaros ya de vuestra propia imagen de la Virgen de la Esperanza y de la rica corona con que la habéis engalanado: *posuisti in capite ejus coronam de lapide pretioso.*

III

No hay día del año, ni hora del día, en que los católicos esparcidos en la redondez de la tierra dejen de pronunciar el nombre de María aclamándola Reina y Señora. *Salve Regina*, exclamamos á cada instante. Reina de los ángeles, reina de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, reina de los mártires, de los confesores y de las vírgenes la pregonamos sin cesar.

Y con razón. No hay ni ha habido soberana en el Universo que con más títulos que la Madre del Rey de los Cielos pueda llamarse reina y emperatriz. El Hijo de sus entrañas, el que tantos años la obedeció sobre la tierra, es nada menos que el Rey de reyes y Señor de los señores, *Rex regum et Dominus dominantium* (Apoc. XIX, 16). Cuando entraba triunfante en Jerusalén, las turbas lo victoreaban diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, bendito sea el Rey de Israel (Joan. XII, 13). ¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? preguntaban los Magos, que desde el extremo Oriente venían á adorarlo (Mat. II, 2).